

# El hombre que hablaba con las máquinas - 03 - Ibm5150

Por Paco Pérez Caballero

## El hombre que hablaba con las máquinas

Ibm5150

Por Paco Pérez Caballero



me gusta escribir

# Capítulo 1

## **El hombre que hablaba con las máquinas**

**03 - Ibm5150**

**Por Paco Pérez Caballero**

Que Blídimin pudiera hablar con todo tipo de máquinas no había ocurrido desde siempre. Hubo una primera vez. Esta es la historia de esa primera vez.

En realidad Blídimin pudo oír las máquinas desde el mismo día en que nació, pero eso él no lo recordaba. Mientras no tuvo uso de razón, y su mente de niño no estaba todavía intoxicada por los conceptos de una persona adulta estándar, Blídimin oía lo que decían todas las máquinas de su alrededor, cuestión que no le sorprendía porque no sabía que eso era sorprendente y desde luego nadie le tomaba en serio.

La primera máquina que le habló, en todos los sentidos, fue TelefunkenU1653, que era una radio que tenía su abuela sobre la cómoda de su habitación. Blídimin correteaba por la casa en un andador que iba chocando con todo lo posible, mientras mantenía entre los labios rítmicamente un chupete que llevaba cogido con una cadenita de plástico a la tiranta de un peto vaquero. Todas las máquinas, que no eran muchas, la televisión en blanco y negro, la lavadora, la secadora, le decían algo, aunque eran conscientes de que un bebé de tan tierna edad poco podía entender. Hasta que TelefunkenU1653, la radio, dijo algo que captó por completo su atención:

—Todas las máquinas funcionamos con la energía que sale de los enchufes, si es que es eso lo que quieres saber.

Blídimin detuvo el movimiento del chupete y se quedó mirando fijamente hacia arriba de la cómoda desde donde divisaba una parte del enorme aparato de radio. TelefunkenU1653 continuó diciendo:

—El enchufe es eso que tiene dos agujeritos que está en la pared que tienes al lado.

Blídimin siguió con la vista el cable que bajaba desde la cómoda hasta el enchufe, comenzó a mover el chupete y empujó el andador hasta la pared para tocarlo. Aunque lo intentó no consiguió sacar el cable y pudo oír cómo la radio reía con voz socarrona.

Desde ese día intentó meter los dedos en todos los enchufes de la casa, mientras sus padres colocaban delante sillas, tapones especiales y todo inútilmente, porque Blídimin podía oír el siseo lejano de la electricidad en el fondo de la pareja de agujeritos y eso le llamaba tremendamente la

atención. Todo esto duró hasta que su padre, hombre enérgico y de decisiones contundentes, lo llevó un día de la mano junto a un enchufe y le preguntó si de verdad quería tocarlo. Blídimin asintió emocionado y su padre introdujo un cable en cada uno de los orificios, y le explicó por última vez:

—Esta es la forma de tocar lo que hay dentro del enchufe, ¿aún quieres tocarlo?

Blídimin alargó las manos hacia los dos cables y su padre permitió que los tocara durante una fracción de segundo. El impacto fue decisivo, el chupete salió disparado de la boca y fue a parar debajo del sofá con cadenita y todo, Blídimin cayó de culo despedido por el calambrazo, y desde ese instante dejó de oír a las máquinas y desde luego dejó de acercarse a un enchufe más allá de un prudente perímetro de cuatro metros.

—Problema solucionado —vaticinó su padre.

Durante catorce años Blídimin siempre tuvo una especial habilidad para manejar bien cualquier cacharro, pero su capacidad de hablar con las máquinas permanecía aletargada en el interior de su cerebro. Hasta que le llamaron para solucionar un problema con un ordenador que de pronto había dejado de arrancar.

Por aquel entonces Blídimin trabajaba en una empresa de programación a medida y con aquello de que estaba aprendiendo le tocaba hacer de todo un poco. Un día le enviaron a hacer una difícil misión. Una empresa encargada de llevar la contabilidad de otro montón de empresas había avisado de que el ordenador principal donde se llevaba todo el proceso había dejado de funcionar y eso era un desastre, así que allá enviaron a Blídimin con un maletín y un millón de dudas sobre cómo resolvería algo para lo que se sentía altamente no cualificado, a pesar de que había puesto cara de póquer a su jefe y le había dicho que no era ningún problema. El problema era ser tan vacilón, pensaba por el camino, mientras el autobús le acercaba a los pies de un edificio de oficinas que le pareció ex-tre-ma-da-men-te grande.

Por aquel entonces a Blídimin le comenzaban a despuntar los pelos del bigote, un bigotito adolescente que junto con su andar desgarrado no podía dar peor imagen para un aterrado cliente que veía peligrar el trabajo de meses y meses que había en el interior del ordenador. De todas formas su jefe, en paralelo, había avisado a la empresa de que enviaban a un genio y de que no se asustasen de su aspecto, los genios ya se sabe, claro, claro.

—Holabuenosdíasvengoarepararelordenador —dijo Blídimin nerviosamente

desde la puerta de las oficinas en cuanto hubo cruzado el umbral.

A él le pareció que absolutamente todas las personas que trabajaban allí giraron la cabeza para mirar con aire incrédulo al personajillo alto y desgarrado que acababa de hacer semejante afirmación a pie de puerta. Cuestión que era cierta excepto en el caso de las únicas tres personas a las que les había llegado el previo aviso de su llegada. Eran dos secretarias, que se encargaban de introducir los datos a diario en el ordenador y un jefe calvo y con bigote que las supervisaba. Sí, sí, nada de políticamente correcto, un jefe varón, y dos mujeres que cobraban menos que él las dos juntas, ¡y a callar!, así estaban las cosas, ¿siguen así?

Blídimin se sentó delante del ordenador y fue completamente consciente de que no tenía ni idea de qué hacer con aquel aparato que era lo último que había sacado el mercado de la electrónica. Era la primera vez que lo veía, y para colmo la primera que lo veía averiado. Comenzó a sudar en silencio. El jefe y las dos secretarias le observaban desde atrás con los brazos en jarras y cruzados respectivamente.

Blídimin probó a encender el aparato haciendo previamente una Inspección Técnica Reglamentaria Estándar alrededor del equipo que disimuló el hecho de que no sabía dónde estaba el botón de encendido. Cuando el aparato empezó a zumbiar, el jefe y las secretarias aliviaron un poco la tensión rezando para que la Inspección Técnica Reglamentaria Estándar que había hecho el Genio hubiera solucionado el problema. Evidentemente no fue así.

Durante minutos que parecieron horas, Blídimin probó todos los disquetes que llevaba en el maletín, incluso un juego de ajedrez que afortunadamente pudo quitar antes de que saliera nada en pantalla. Sudar no podía sudar más, si hubiera sido así habrían tenido que hospitalizarlo de inmediato. Y mientras miraba atentamente el error que aparecía en pantalla desde que encendió el ordenador por primera vez y el jefe y las dos secretarias se sentaban y levantaban de sus asientos, fumaban, daban vueltas por la habitación, oyó una voz que decía claramente:

—Creo que vas a tener que abrirme porque el problema está dentro.

Blídimin no movió ni una pestaña aunque el estómago pegó un apretón y su tripas se recolocaron como los fans de un concierto justo antes de abrir las puertas del estadio.

—¿Y tú quién eres? —murmuró Blídimin en un susurro, para que nadie le oyera.

—Me llamo Ibm5150 y hay algo en mis tripas que no va nada bien. Llevo un rato diciéndotelo porque cuando te vi entrar tuve la sensación de que me mirabas de forma distinta a como me miran ellos y me entenderías.

Pero te has hecho el sordo todo este rato.

—Pues que sepas que no te he oído hasta ahora mismo —protestó quedamente Blídimin. Las secretarias intercambiaron una mirada de silencioso estupor.

Blídimin abrió el maletín, cogió un destornillador y empezó a sacar todos los tornillos que vio a mano. Extendió el despiece de forma ordenada sobre una mesa y cuando el desconocido interior de Ibm5150 quedó a la vista, una enorme pieza tosió dos veces y respiró agitadamente. Era el disco duro, el primero que veía en su vida. A esas alturas ya estaba embarcado en una huída hacia delante, así que metió las manos, desconectó cables y aflojó tornillos y lo extrajo mostrándolo a sus dueños como un cirujano exhibe un órgano extirpado. Lo colocó sobre la mesa y lo miró de arriba hacia abajo y de izquierda a derecha, y el disco duro con voz asmática le dijo:

—Estoy que no puedo respirar, cof, cof.

Blídimin se dirigió a las secretarias y pidió una goma de borrar. El efecto fue definitivo, estaban ante un Genio. Con la goma empezó a borrar concienzudamente las doradas conexiones traseras del disco, que estaban cubiertas de una suciedad oscura, mientras éste ronroneaba de gustito. Una vez realizada la operación volvió a montar el puzzle de Ibm5150. Blídimin tenía otra cualidad respecto a las máquinas, si las desmontaba una vez, nunca olvidaba cómo había que hacerlo las demás veces.

Algunos compañeros de los demás despachos se habían apretujado en el marco de la puerta para observar las operaciones del Genio, cuando días después contaron lo sucedido a quienes no habían podido verlo por estar de baja, de vacaciones o tomando café, lo relataban contando que Blídimin llevaba una bata blanca y los pelos de un loco. Y Blídimin no llevó bata hasta muchos años después.

Como un director de la filarmónica de Londres, Blídimin puso el dedo en el interruptor y las dos moscas que había en la habitación, que eran primas hermanas, se posaron en la pared y durante dos segundos contuvieron la respiración como todos los demás. Ibm5150 comenzó a zumbear y el disco duro de su interior comenzó a cascabelear. A continuación, el programa de Contabilidad hizo acto de presencia en la pantalla y saludó a tan distinguido público con una sonrisa y pidiendo, por favor, un nombre de usuario y una contraseña para comenzar a trabajar.

Todos prorrumpieron en aplausos y las moscas primas hermanas efectuaron un vuelo rasante sobre las cabezas en señal de reconocimiento de la hazaña de Blídimin. El jefe calvo y bigotudo se secó el sudor de la frente con el último centímetro de pañuelo que le quedaba sin usar y estrechó efusivamente la mano de Blídimin, que aunque no estaba

habitudo a estos éxitos sin fronteras, sonreía ampliamente.

En el autobús de vuelta todavía no había sido capaz de borrarse la enorme sonrisa de la cara.